

La búsqueda de mis raíces mallorquinas

Por: Mary Miranda

Mi abuela, Zoila Rosselló era hija de Miguel Rosselló Colom, un mallorquín natural del pueblo de Artá. El padre de Miguel era Gabriel, natural de Felanitx y su madre Esperanza Colom, natural de Sóller. Abuela Zoila falleció a la edad de 104 años, en octubre del año 2005. Todos la admirábamos porque era una mujer muy fuerte y trabajadora que enfrentaba toda adversidad con valentía, era nuestro roble. Ahora sabemos de donde heredó su fortaleza interior.

Cuando niña escuché con gran devoción y entusiasmo las interesantes historias que ella me relataba de su padre mallorquín. Me interesaba de gran manera el hecho de que su padre hubiera sido un aventurero, pero no lograba comprender cómo pudo despegarse del seno de una familia tan unida y religiosa, como me habían dicho que era la suya, y de una tierra que tanto amaba. A menudo soñaba que visitaba la casa donde él nació y vivió junto a sus padres y hermanos. A veces imaginaba estar viendo a sus padres pidiéndole que regresara a su hogar.

Mi bisabuelo llegó a Puerto Rico en 1889. Varios de sus primos hermanos también emigraron a Las Américas. Pensamos que en Puerto Rico lo recibió Joan Pons Colom, su primo hermano, hijo de Catalina Colom Mayol, natural de Sóller y hermana de su madre Esperanza Colom Mayol. Al principio fue a trabajar de mayordomo en una finca en Adjuntas, y luego estableció su propia hacienda. En 1877 ya existían 76 estancias de café en Adjuntas.

Le prometí a mi abuela que visitaría alguna vez la isla de Mallorca, que trataría de encontrar, aunque fuera el más mínimo recuerdo de sus raíces y que buscaría algún familiar allá. Todos esos nombres mallorquines me parecían sacados de un libro de cuentos. Fue así como me inspiré y escribí estos sencillos versos juveniles que demostraban mi amor hacia una isla, que sin conocerla ya la amaba.

A Mallorca

Mallorca, tierra de ensueño
el país de mi ilusión;
tienes aquí en Puerto Rico
quien te ama con pasión.

Por los cuentos de mi abuela
conocí de tus bellezas,
de tus playas, tus olivos
y tus hermosas veredas.

Añoro ver ese sol
saludarlo con cariño,

ese sol que vio crecer, a
Miguel cuando era niño.

Quisiera besar tu tierra
y saludar tu bandera,
pasear por el Puerto de Sóller
y desde allí sembrar quimeras.

En medio de mi ilusión
he sembrado la esperanza,
de encontrar algún pariente
o amigo en Artá o en Palma.

¡Oh buen Dios dame la dicha
de ver Mallorca algún día!
Y de decir con orgullo
"esta tierra es también mía".

Mi viaje a Mallorca

El sacerdote Antoni Gili, párroco de la Iglesia de la Transfiguración recibió mi pedido de validar los datos que teníamos del nacimiento de mi bisabuelo Miguel Roselló en Artá, también le hicieron llegar la carta que envié al Ayuntamiento. El buscó en los archivos parroquiales y así pudo identificar y localizar a mis parientes allí. El contacto inicial lo hizo con mi pariente Magdalena Nebot Rosselló, quien vino primero a Puerto Rico a conocernos en el 1980 con un grupo de baile que invitó Don Frank Ballester, quien entonces era presidente del Círculo Mallorquín, Antoni Gili también vino a Puerto Rico con el grupo. Yo soñaba con ir a Mallorca.

Sabía que mi abuelo nació en el 1855 y que de niño, contaba que su vida giró alrededor de una finca en donde trabajaban en la agricultura, que tenían sus hortalizas, criaban cerdos y que rezaban mucho. Él decía que la vida en esa época era muy dura y que básicamente consumían lo que cosechaban. Hablaba de las cuevas de Artá, de los olivos, los naranjos, de las almendras y de los algarrobos. Él era un gran carpintero, arte que seguramente heredó de sus antepasados. Ahora sé que los nombres de las fincas en que él vivió cuando niño en Artá eran Ses Cardonas de 5 hectáreas, y Sa Calobra de 12 hectáreas. Cuando él estaba en el ejército, en el 1875, su familia ya se había trasladado a su segunda casa, o posada familiar como le llamaban a las casas que tenían en el pueblo, en la Calle Mayor #33, hoy Calle de Rafael Blanes. En enero del 1887 todavía vivía ahí su familia, según la dirección escrita en una carta que tenemos de su madre. Alrededor del 1890 se trasladaron probablemente a Palma.

Constantemente me preguntaba cómo sería esa vida en Mallorca, la isla de la que tantos cuentos escuché, principalmente quería saber como se vivía en Mallorca en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX. Tenía particular interés en la vida del

campo y de los agricultores. ¿Cómo sería aquella tierra y aquella época en que nació y se crió el bisabuelo y en donde vivieron sus padres y hermanos? ¿Cómo sería la vida de mi bisabuelo durante su niñez y su juventud? Esto lo sabré cuando llegue a Mallorca pensaba, y compartiré esta información con otros descendientes de mallorquines que tienen las mismas inquietudes que yo.

Visité a Mallorca en el otoño del 2006 con la esperanza de que allí encontraría la parte del rompecabezas que me faltaba, pues ya conocía bastante sobre la vida de los mallorquines en Puerto Rico. La primera sensación que tuve fue la de estar como en mi país. No sentí nunca que estaba en un lugar extraño, hasta los rostros me eran familiares. Además en Artá y Sóller hay muchas personas que tienen o tuvieron parientes en Puerto Rico y siempre tienen historias que contar. Muchas de las casas de esos pueblos fueron construidos con capital levantado en Puerto Rico, como lo son el Centro Social y Na Bablesa en Artá, entre otras. Concentré mi visita esta vez en Artá, ya que Magdalena me facilitó el hospedaje. Durante las seis semanas en que visité la isla hice una inmersión en la cultura del país y en la medida en que pude, aprendí sobre las comidas mallorquinas, la vida social, sus costumbres, y hasta intenté entender su idioma. Encontrar los datos que necesitaba sobre la historia de Mallorca durante la segunda mitad del siglo XIX y a principios del XX no fue muy fácil, la gran mayoría de los libros de historia están escritos en Catalán, idioma que lamentablemente no conozco. Así que comencé recogiendo las historias de mis parientes, de algunos ciudadanos y de mis nuevos amigos que gentilmente me han ayudado a reconstruir ese ayer que me intrigaba tanto.

Me sentí como el hijo pródigo que regresa a casa estando en Artá, todos a mi alrededor contribuían para que mi experiencia fuera significativa y hasta puedo decir que se contagiaron con mi aventura. Aparte de mis emotivas visitas a la propiedad en que se crió mi bisabuelo Miguel, tenía la dicha de sentirme siempre acompañada. Constantemente me llevaban comidas de distintas clases para que tuviera la oportunidad de saborear los deliciosos platos de la comida mallorquina, y también me invitaban a sus fiestas y actividades privadas para que conociera sus costumbres. Algunos me traían fotos antiguas y regalos que tuvieran algún significado relacionado a mi viaje.

Bailé con los ciudadanos de la Tercera Edad en sus bailes de los jueves en la noche y bailé en la placita del pueblo cuando celebraban bailando los bailes folklóricos; no me perdí ninguno de los mercados, asistí a un discurso del gobernador Don Jaume Matas y de Tolo Palmer, un candidato a alcalde en la plaza del pueblo de Artá, salí a comer con mis “primos” una noche, comí por primera vez castañas tostadas en la Feria de Inca, fui al hipódromo, comí muchas naranjas, y cada mañana desayunaba una deliciosa ensaimada calentita con café.

Y por si eso no fuera poco, Magdalena organizó una fiesta de amigos y familiares para recibirme y contrató la música de una simpática Tuna Española que cantó muchas canciones que me hicieron recordar mi niñez. Ese día de la fiesta intenté aprender a hacer los ricos y populares buñuelos que tanto me gustaban, pero de ninguna manera me salió el rotito del centro y mis buñuelos sin rotitos causaron mucha gracia. Me contaban

que antes en las Fiestas de Las Vírgenes que se celebra el 21 de octubre y en las que los jóvenes bailaban bailes mallorquines, los hombres llevaban buñuelos a las casas de las jóvenes vírgenes. También los dueños de los predios obsequiaban buñuelos a los recogedores de aceitunas en la víspera de la Fiesta de Todos los Santos.

Gocé innumerables tertulias en casa de mi pariente Magdalena en el mismo centro del pueblo, que para mi ventaja es el centro de reunión ya que ella se resiste a vender su casa en esta calle peatonal que ahora es casi totalmente comercial. En esas tertulias hasta me cantaban las canciones tradicionales que escuchó o cantó mi bisabuelo cuando vivía en Mallorca. Al acercarse la navidad el supermercado al frente de la casa de Magdalena se llenó de las golosinas que tanto disfrutábamos en Puerto Rico cuando era niña; turrone, higos, dátiles, manzanas, uvas etc. Y por supuesto, el anís que tanto le gustaba a mi familia. Lo que faltaba era la música de una parranda de Puerto Rico, pensé.

Para esos días mi hijo Ronald estaba en Sevilla y me manifestó que deseaba conocer Artá, el día que llegó había una gran fiesta de música y bailes mallorquines, él quedó fascinado con la música y con el cariño que le brindaron todos. La alegría de la gente era contagiosa. Yo tomé vino moscatel y bailé con mis parientes al son de la música, repartieron buñuelos en unas canastas grandes. Este día es inolvidable para ambos.

Conservo muy buena impresión de la gente de Mallorca. Mi mayor exposición fue con la gente de los pueblos más que con los de la capital. Los mallorquines son hospitalarios, respetuosos y alegres, ayuda mucho tener un motivo en común para integrarse mejor con ellos. Me abrieron sus corazones y sus hogares, me ofrecieron datos, me contaron anécdotas y demostraron su regocijo porque alguien se interesara en sus cosas y en esa historia reciente que ellos conocían por sus padres y abuelos y que algunos vivieron. Les gusta saber que ocurrió con sus parientes que partieron a “Las Américas” como ellos dicen.

Era como si este viaje fuera parte del plan divino, Dios y el universo conspiraban constantemente a mi favor, acomodando la gente y las circunstancias a mis propósitos para la realización de este sueño. Para completar mi dicha, mi mentor fue Antoni Gili, el historiador que hizo posible mi conexión con la familia Rosselló en el 1979 y a quien dediqué la presentación de mi libro en el año 2011. Para mi sorpresa, durante una conferencia que ambos ofrecimos en el teatro de Artá, él demostró que conservaba las cartas que le había enviado en ese tiempo suplicando ayuda para descubrir mis raíces, e hizo referencia a ellas para resaltar la importancia de conocer sobre nuestros antepasados y sobre nuestra propia historia. Antoni Gili resaltó el hecho de que recordemos que nuestros apellidos llevan consigo una historia. Demostrando su gran sensibilidad y con los ojos llenos de lágrimas leyó un poema que había escrito sobre mi aventura. Con él recorrí calles, museos, fincas, residencias y todos los rincones posibles, en busca de datos. El Sr. Gili apoyó mi trabajo hasta los últimos días de vida, al igual que lo hizo con otros investigadores relacionados al pueblo de Artá.